

Hibridismo y subjetividad intercultural

Roberto Sánchez Benítez*



Arpa cardinal, 1944 / óleo sobre tela, 216 x 200 cm.

*Somos diferencia... nuestra razón es la diferencia
de los discursos, nuestra historia es la diferencia
de tiempos, somos una diferencia de máscaras.
La diferencia, lejos de ser el olvidado y recobrado origen, es la
dispersión que somos y hacemos.*
Michel Foucault

Cuando Néstor García Canclini publica su conocido libro *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989), tenía en mente utilizar la noción de “hibridación” o “hibridismo” para dar cuenta de la manera en que las identidades culturales modernas se encontraban en un cambio decisivo. Tal noción habría modificado nuestras maneras de hablar sobre la identidad, la cultura, la diferencia, la desigualdad, la multiculturalidad. Nuestro autor apreciará de la posmodernidad el hecho de que permita repensar la heterogeneidad cultural y desarrollo que caracteriza, por ejemplo, a América Latina. La crítica de la posmodernidad a los relatos omnicomprendivos sobre la historia “puede servir para detectar las pretensiones fundamentalistas del tradicionalismo, el etnicismo y el nacionalismo, para entender las derivaciones autoritarias del

liberalismo y el socialismo”.¹ De esta manera, la posmodernidad es una manera de problematizar los vínculos equívocos que el mundo moderno armó con las tradiciones que quiso excluir o superar para constituirse. Ello hará posible revisar la separación entre lo culto, lo popular y lo masivo, así como elaborar —y es aquí donde la noción de hibridación se abre a aspectos más complejos que los que la idea de fusión o mestizaje pudieran englobar—, un pensamiento que pueda abarcar las interacciones e integraciones entre los niveles, géneros y formas de la sensibilidad colectiva. La noción de “hibridación” permite comprender diversas mezclas interculturales, no sólo las raciales, religiosas o de movimientos simbólicos tradicionales; entender la relación compleja entre la tradición y la modernidad, entre lo culto, lo popular y lo masivo. Es la hibridación la que

podría dar con un rostro más fidedigno de los procesos culturales, sociales e históricos que han caracterizado a América Latina desde las décadas de los años 80 del siglo pasado, al menos.

Quince años después de la aparición de *Culturas híbridas*, Canclini hará énfasis en la constitución de los sujetos, y sobre todo, echará mano de una noción que pareciera haber sido desterrada de los estudios sociales, como lo es la de “subjetividad” (los primeros refiriéndose a los sujetos realmente existentes, históricos, concretos, mientras que la segunda sin poder despojarse de su carga y contenido idealista o puro), ello con el propósito de incluir en sus análisis los nuevos debates sobre la ciudadanía y la responsabilidad. De la subjetividad a la ciudadanía. Se trata de atender la problemática de cómo avanzar, en palabras del autor, “desde la sospecha necesaria para librarnos de afirmaciones ingenuas de la subjetividad hacia el trabajo reconstructivo indispensable para dar solidez a ciudadanías posibles”.

El hibridismo, o la constitución de los sujetos, habrán de presentar un punto en común, a saber, su aspecto tensionante, conflictivo, dramático. Lo que habrá de importar ahora será la forma en que los sujetos se encuentran cambiando, pero sin olvidar la coherencia filosófica que permita dar consistencia a la ciudadanía y verosimilitud a sus interacciones sociales. Es por ello que habrá de realizarse una crítica cuidadosa a las distintas formas en las que se ha ficcionalizado al sujeto y se ha hecho de él un simulacro o simulación orquestada, sobre todo, por estrategias mediáticas y del mercado, lo cual lo ha vuelto vulnerable, manejable, inconsistente, insensible e irresponsable. La pregunta muy concreta que se hace Canclini es, en consecuencia: ¿En qué consiste ser sujeto después de las deconstrucciones estructuralistas, marxistas y psicoanalíticas? Es decir, “¿Puede existir sociedad, es decir pacto social, si nunca sabemos quién nos está hablando, ni escribiendo...?”²

Canclini vuelve a manifestar sus acuerdos con el posmodernismo, sólo que lo ve también como una estrategia interpretativa que pareciera estar bien para los procesos culturales lúdicos, mientras que tendría implicaciones diferentes para quien está en una situación de indefensión o de riesgo real, como puede ser el caso de quien emigra. Lo que se encontrará en juego, en esta problemática, es la correlación entre las construcciones verbales

y los referentes empíricos. La posmodernidad nos ha dado a entender que debemos aceptar *la construcción narrativa* como una forma de recuperar la identidad, por ejemplo, o de que es común la funcionalización de los sujetos.

Detrás de la deconstrucción del sujeto moderno, Canclini encuentra una crítica a la conciencia (Nietzsche, Marx y Freud). El sujeto se ha convertido en algo residual. En el antijetivismo, antihistoricismo o antihumanismo imperantes, observa un carácter reactivo y reduccionista. Junto con la exclusión de la problemática del sujeto, dichas posiciones han contribuido a eludir el estudio de la constitución singular del mundo humano. “La negación del sujeto es cómplice de la subestimación de la historia: si no hay sujeto se evapora la posibilidad de que haya una acción que transforme el orden vigente y de un sentido responsable al devenir”. De ahí que estemos exigidos en nuevos tratamientos de la subjetividad. “El sujeto individual no puede ser el punto de partida para entender las estructuras, pero al examinarlas ninguna exigencia de objetividad da derecho a ignorar sus vivencias.”³ En pocas palabras, un planteamiento como éste se encuentra en el camino hacia la elaboración de una teoría posmetafísica del sujeto, iniciado desde fines del siglo XIX con Nietzsche.

Y precisamente, será en los sujetos interculturales donde Canclini encuentre la ocasión de poner a prueba su enfoque (esto es, su reivindicación de la subjetividad como medio para llegar a la ciudadanía y la responsabilidad social) y dar consistencia a su crítica a la posmodernidad. La interculturalidad será entendida como un factor en la configuración actual de la subjetividad. Ahora vivir en tránsito, en elecciones cambiantes e inseguras, con remodelaciones constantes de las personas y sus relaciones sociales, parece conducir a una reconstrucción más radical que las practicadas por las teorías de la sospecha sobre la subjetividad y la conciencia.⁴

Todos somos ahora sujetos interculturales; ello en razón de mestizajes étnicos y sincretismos religiosos, de las formas de hibridación entre lo tradicional y lo moderno, lo culto y lo popular, entre la música y las imágenes de culturas alejadas. Sin embargo, el paso adelante que señala Canclini con relación a los sujetos interculturales consiste en la utilización de las nociones de contradicción y conflicto, ya que también tiene algo de simulación

Existe una frontera literal, figurativa, material, e incluso militarizada, cuya teorización corre paralela a la desconstrucción de los discursos dominantes sobre la misma.

la absolutización de sujetos privilegiados como fuentes de conocimiento. “Ni los subalternos, ni las naciones periféricas pueden por sí solos entregar la clave de lo social”.⁵ Hay que colocarse en las intersecciones, en los lugares donde los sujetos pueden hablar y actuar, transformarse y ser transformados.

Dentro de esta formulación no deben quedar fuera las condiciones específicas en las cuales viven los individuos, el drama de los sujetos individuales, en donde, como en el caso de la migración, se genera más desarraigo que liberación, más vulnerabilidad que riesgo, más soledad que enriquecimiento por multiplicación de pertenencias. En este caso, ser sujeto quiere decir enfrentar violencia, tener derechos y buscar nuevas formas de pertenencia. Para las distintas clases sociales, tiene diferente sentido la reconstrucción actual de las identidades y de la subjetividad, por ende, los efectos de la posmodernidad no son los mismos para todos. Para el caso de las culturas latinoamericanas, Canclini piensa más bien en la idea del “cadáver exquisito” de los surrealistas, en la que nuestras variaciones culturales no encajan unas con otras. Es decir, que lo que nos ha ido sucediendo constituye un relato discontinuo, con grietas, imposible de leer bajo un solo régimen discursivo. De ahí la necesidad de un trabajo cada vez más interdisciplinario y en realidades tan palpables como lo es la frontera.

De acuerdo con los expertos, deberíamos hablar, en rigor, de la frontera como de espacios fronterizos, los cuales deberían ser entendidos como zonas de una productividad cultural rica que requieren de una abundante investigación. Existe una frontera literal, figurativa, material e incluso militarizada, cuya teorización corre paralela a la desconstrucción de los discursos dominantes sobre la misma. Como hemos comentado, Néstor García Canclini plantea que debemos buscar en la desterritorialización y reterritorialización⁶ las formas de lo que significa estar entrando y saliendo de la modernidad. Con dichos movimientos, el autor se refiere a “la pérdida de

la relación ‘natural’ de la cultura con los territorios geográficos y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas”.

Así, la reflexión más innovadora sobre la desterritorialización es la que se estaría desplegando, en nuestro continente, en la frontera México-Estados Unidos, de acuerdo con Canclini. Ahí es donde se está dando una producción cultural dinámica; capacidad para hacer interactuar la cultura popular con la simbólica moderna y posmoderna e incorporarla al *mainstream* norteamericano. Canclini analiza la migración de Aguililla, Michoacán, a través de un estudio del antropólogo Roger Rouse. Es a California a donde van principalmente estos migrantes; su ir y venir, su rápido acceso a las comunicaciones permiten que se vinculen ambos mundos, siendo ellos los puentes que los unen. Comunidades que se crean más allá de sus fronteras geográficas. Estaríamos entonces ante la necesidad de definir los espacios geográficos de otra manera, o de sobreponerles relaciones y vínculos que transgreden las distancias y las fronteras que separan a los países. Es por ello que, y haciendo uso de los planteamientos de Rouse, Canclini habla de una nueva “cartografía alternativa del espacio social”, en donde nociones como “circuito” y “frontera” deberían estar presentes.⁷

* Docente-investigador de la UACJ.

¹ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la posmodernidad*. Grijalbo, México, 2003, p. 23.

² Néstor García Canclini, *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa, Barcelona, 2004, p. 150.

³ *Ibid.*, p. 160.

⁴ *Ibid.*, p. 161.

⁵ *Ibid.*, p. 166.

⁶ Como se sabe, la paternidad de esta noción es debida a los pensadores franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari, quienes indican, después de todo, que no debe confundirse la “reterritorialización con el retorno a una territorialidad primitiva o más antigua: la reterritorialización implica, forzosamente, un conjunto de artificios por los que un elemento, a su vez desterritorializado, sirve de nueva territorialidad al otro que también ha perdido la suya.” (*Mil mesetas. capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos, Valencia, 1988, p. 180). Así, el elemento menos desterritorializado se reterritorializa en el más desterritorializado. De la “transcodificación” a la “sobrecodificación”.

⁷ Sin embargo, consideramos que el análisis que realizan Deleuze y Guattari sobre la nomadología y la distinción entre los espacios liso y estriado siguen teniendo una alta fecundidad conceptual.